

LOS CASTILLOS DEL DUERO

POR MARTÍN ALONSO

Para trazar una obra de unción, de Arqueología y de Historia, hace falta viajar, como el conde de Gamazo, en romería espiritual por la meseta de Castilla. Al conjuro de sus pasos surge la hiedra del recuerdo, entre adarves y saeteras, fibulas visigóticas y sillares desmoronados de esos castillos, que no son cuna ni oasis, como diría Balzac, sino sencillamente diadema de conquista y raíces de Historia.

Sus muros cárdenos y vitales dan frente a la desgracia, llenan sus vacíos de epopeyas y en el ampo de las lunas heladas cantan su canción de hierro y su estrofa lírica de amor.

Castiella se llamó por ser tierra de muchos castillos. La etimología de esta palabra nos lleva al latín *castellum*, diminutivo de *castrum*, campamento permanente de los romanos y puesto militar enclavado por las legiones en los puntos estratégicos para la seguridad de sus posiciones conquistadas.

La Acrópolis. lugar alto y fortificado de las ciudades griegas, sirvió, primero, de ciudadela contra los pueblos invasores, y más tarde, lugar saturado de mitología, amparó las grandes creaciones artísticas.

Nuestros castillos van jalonando el campo de España y paginando la historia de las armas y la historia del Arte.

Unos crecen en la cumbre descarnada de los cerros y enfilan sus muros ciclópeos, como Acrópolis, contra la invasión, salvaguardia de la Reconquista. Otros descienden a los valles, ciñen su cerco murado de torres, almenas, matacanes, fosos, puentes y reductos, y extienden su guardia permanente, como el *oppidum romanum* en las líneas avanzadas de las ciudades fronterizas, en defensa de la comarca, o son simplemente albergue de caudillos, feudo de preladados y magnates, casa fuerte del señor territorial, que blasonaba la puerta con sus armas.

Tal vez la leyenda se eslabone con las tribus colonizadoras, que aseguraban sus dominios al resguardo de las defensas naturales.

La Edad Media devana su vida azarosa con dos marcas señeras de cruzadas: la fe de las catedrales y el heroísmo de los castillos. Las catedrales colocaron el alma del pueblo en posición vertical, y en un anhelo infinito de victorias, desplegaron al viento su religiosidad, cristalizaron el ascetismo en las agujas góticas, como una plegaria ascendente de piedra cristiana.

Los castillos resumen las andanzas españolas durante los siglos X al XV. Sintonizan los tres grandes poderes de la autarquía medieval: el poderío de las armas, de la nobleza y del monacato.